



## DISCURSO

por el Sr. Pbro. Don Camilo Argüello Catedrático del  
Colegio del Sagrado Corazón de Jesús.

ILLMOS. Y RMOS. SEÑORES, SEÑORAS Y SEÑORES:

Es debido á vuestra munificencia y á los continuos esfuerzos de vuestra piedad el que se halla colocado en la limpia frente de María, aurea diadema. Le habéis ofrecido valiosa seda, oro, y piedras preciosas, lo más rico que la tierra produce y que encontró vuestro amor, no para constituirla reina es verdad, pues lo ha sido desde que en la mente divina fué predestinada para ser Madre del Rey de los reyes y del Señor de todos los que dominan; sino para satisfacer el justo tributo que su excelsitud merece. Al obrar así, no por haber pagado un tributo á la justicia, habéis dejado de hacer una obra extraordinaria y grandemente meritoria á los ojos de Dios y de su Santísima Madre, y yo abrigo como vosotros, la firmísima esperanza que ellos habrán aceptado complacientes la expontaneidad de vuestra ofrenda. Pero si vosotros habéis podido ofrecer ricos presentes, no de igual modo han conseguido satisfacer el vehemente deseo de su corazón, otros hermanos nuestros en el amor á María: los pobres, Señores, los pobres que suspiran y gimen por no poder tributar grandezas á su Madre y Señora, los pobres que acercándose silenciosos al arca de las pequeñas limosnas, depositan ahí el óbolo insignificante, con grande amor separado de su mísero jornal! Ellos ¿qué han ofrecido á nuestra Reina? ¿Cómo ha recibido ella tales dones?—No temo que tachéis por impropio del grandioso y brillante acto en que nos ocupamos, el os hable de los humildes dones del pobre y del agrado con que la Inmaculada Virgen los acepta. Se manifestará además como legítima consecuencia de mi discurso, que el impe-

rio de nuestra Reina celestial, no es un imperio ficticio; sino que verdaderamente, es María de la Salud dueño de todas los corazanes que como Reina la proclaman.

\* \* \*

No es de admirar que el Altísimo, al contemplar la irresistible belleza con que ha engalanado á su castísima esposa, haya dejado consignadas en el divino poema *El Cantar de los cantares*, aquellas efusiones tiernísimas de su amor: ¡Qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa eres.....Como de paloma, así son vivos y brillantes tus ojos.....Como cinta de escarlata son tus labios.....Dulce y sonoro es tu hablar..... Toda eres hermosa, amiga mía, no hay defecto alguno en tí. ....Heriste mi corazón con una sola mirada de tus ojos.....Son tus labios, esposa mía, panal que destila miel y es el olor de tus vestidos como olor de suavísimo incienso...." ¡Ah! sí, que de los labios divinos se desborden esos torrentes de armonía en alabanza de la reina del cielo, no causa asombro repito, porque, nadie sino Dios, puede apreciar debidamente esa sobrenatural hermosura con que á su nunificencia infinita plugo enriquecerla. ¡Pero que el labio humano intente!..... ¡Oh Virgen Inmaculada! ¿Qué lengua podrá expresar dignamente tu belleza incomparable? ¿Qué alabanza será digna de tu gloria? y ¿qué ofrenda será justo tributo á la corona que orna tus castas sienas?... Sin embargo, Señores, es tanta la benignidad de nuestra madre, que no solo no desdeña, sino acoje con agrado y complacencia los frutos amorosos de nuestra miseria; y lo que es más, fiel imitadora de su divino Hijo, tiene su predilección y sus íntimas complacencias con los que son reputados por la nada de la tierra; quiero decir, con el pobre. Mirad si no, uno de los innumerables cuadros que en el Santuario de nuestra excelsa Reina estáis familiarizados á presenciar.

Es un pobre; con decir que lo es, ya está dicho que es más ó menos ignorante, ¿porque quién en México se cuida de enseñar al pobre? y que desde los albores de su penosa existencia, la miseria y el dolor han sido sus inseparables compañeros. No os detengáis, os ruego, en la repunante superficie de su mísero exterior, penetrad esa ruda corteza hasta el fondo de su corazón, donde os sorprenderán tesoros valiosos: ahí está

la fé incondicional cuya firmeza jamás han conmovido las inquietas vacilaciones de la razón orgullosa, ahí reina la dulce esperanza con sus más bellos atractivos, ahí admiráis en fin, su caridad que no es menos grande que su fé y su esperanza, porque es signo característico del amor la abnegación y el sacrificio, y el pobre lleva no pocas veces hasta el heroísmo su sacrificio y su abnegación.

Alguna vez, cuando Dios quiere aquilatar aquel espíritu, el habitual sufrimiento del pobre llega al término supremo: el padre de familia, el que á trueque de un rudo trabajo apenas podía llevar el necesario sustento para la vida de su esposa y de sus hijos, es herido por la enfermedad; debilitado yace en su miserable lecho, la fiebre devora con violencia el poco vigor que le resta, y el frío sudor de la muerte está próximo á invadirle.....¡Momento crítico aquel para la esposa! En vano anhelaba encontrar en todo lo que lo rodea, alguna esperanza, algún consuelo en su dolor; es pobre, y desgraciadamente esto lo explica todo. No le pidáis que acuda á la ciencia; fría y egoísta ¡cuán pocas veces desciende al mísero hogar del pobre. La caridad? La caridad.....gracias á Dios! ha bajado hasta aquella habitación; más por desgracia, la caridad cuenta entre nosotros con pocos recursos y los que pudo derramar ya se han agotado. ¿Qué hará la pobre mujer que ve arrebatársele con la vida de su esposo, su propia vida y la, para ella mil veces más preciosa, de sus tristes hijos?....¡Oh dulce fé cristiana! ¡Oh santo amor de María! Su inquieta mirada, que vagando por todas partes en nada se detenía, fíjase de pronto en el lugar preferente de la rústica choza: ahí se levanta pequeño altar y en el centro de las flores silvestres que con graciosa sencillez le adornan, se deja ver una modesta imagen. ¡Para qué decir de quién es, si ya vuestro piadoso corazón habrá descubierto en ella, el dulcísimo semblante de María?....Idea feliz brilla en la mente de la angustiada esposa y sin esperar un momento, acerca á sus hijos, incluso el que lleva aún en sus brazos, los rodea del altar, ferviente súplica brota de sus labios, sigue un momento de silencio, de todos los ojos se desprenden abundantes y silenciosas lágrimas; con mirada llena de confianza nuevamente examina el rostro del enfermo, posa con suavidad la mano sobre la frente lívida del moribundo y éste incorporándose, abre los ojos, como si despertara de un pesado sueño, despliega sus labios y con grande entereza habla

carñosamente con la esposa y los hijos que aun enjugan sus lágrimas. Desde aquel momento, la esperanza reina en aquel lugar de desolación, multiplícanse las plegarias á las que enfermo se une con el corazón palpitante de ternura; por que los pobres, Señores, también aman, también sienten ternura; la muerte va retirándose paso á paso y al fin abandona su presa.

¿Porqué en tiempo tan breve se ha verificado cambio tan prodigioso? ¿Por qué el llanto de dolor se ha trocado en llanto de sobre natural alegría? Lo habéis comprendido, Señores, la Madre compasiva, la Reina soberana ha tomado posesión de aquel hogar, ha extendido su benigna mano sobre ese cuadro de luto; y donde María posa su planta, brotan lirios de las virtudes más puras y donde extiende su amorosa mano, se produce la salud, la salud no sólo del cuerpo sino la del alma; no sólo la del tiempo, sino también la eterna.

¿Quién después de tan bienechora influencia no la invocará como á el su madre con toda alma? ¿Quién después de experimentar ese poder sobrehumano no la proclamará su excelsa Reina?

Mas me olvidaba del pobre que que ayer yacía sobre en el lecho de muerte y hoy, recobrada por completo su salud, emprende larga y penosa peregrinación acompañado de su esposa y de sus hijos rebosantes de júbilo y piedad. Para realizar este ardiente voto, hecho el día terrible de su desamparo, ha tenido que desprenderse vosotros lo sabéis, de los escasos bienes, total producto de continuo y rudísimo trabajo... Los impíos clamarán: despilfarro fanático! desequilibrio estúpido....¡Dejadlos, Señores, nosotros sabemos que *el alma vale más que el alimento, y que á quién sencillamente busca el reino de Dios, todo lo demás se da por añadidura* (1).

¡Cuántas veces vosotros mismos tal vez con mirada indiferente habéis observado estas piadosísimas peregrinaciones! Acordaos:—no bien llega el pobre al atrio del Santuario de su Madre, se postra de rodillas y avanza. Son toscos sus movimientos, desaliñadosu porte; pero su semblante sereno, respetuoso y devoto le dá no se qué de solemne que inspira respeto y ternura. Nada de cuanto le rodea es capaz de distraerle de la única idea que le preocupa; en vano la ligereza ó la impiedad intenta detenerlo con maliciosa mirada y burlesca son-

(1) San Mateo cap. II.

risa; él sigue su ruta con imperturbable serenidad, llevando en su desnudo cuello tosco rosario que sin embozo alguno ostenta como su mejor blasón, y en su encallecida mano, la luz de blanca cera que admirablemente simboliza la pureza de su intención, el fuego de su amor y el tributo que rinde al dominio que la celestial Reina ejerce sobre su corazón.

Llega al fin al altar de María, y acercándose con veneración profunda, se inclina hasta tocar con sus labios el suelo donde se levanta el trono de su Reina; por algún tiempo permanece inmóvil y silencioso ante la grandeza de su soberana; pero recordando que ella es la misma compasiva madre que le tendió su mano para arrancarlo de la muerte, levanta sus ojos y fija su mirada en el apacible semblante de María. ¡Mirada incomprensible aquella, Señores, porque es á un tiempo la expresión más hermosa del respeto, de la confianza, de la ternura filial, de la angustiosa súplica y de la más profunda gratitud! Intenta balbutir una palabra, la que en medio de sus amarguras tantas veces ha dicho á María, pero anudándose su garganta, enmudece su labio y sólo se ven correr por sus tostadas mejillas, abundantes y cristalinas lágrimas.....

¿Qué extraordinario fenómeno se ha producido entre María y esa alma que verdaderamente la ama? Me es imposible describirlo, porque no es concedido al desterrado hablar el dulce lenguaje de la Patria. Solo sé decir que ese miserable, despreciado de la tierra, ha comunicado íntimamente con la Madre de Dios, que después de tan íntimo coloquio, se levanta grandemente consolado, y ante sus mismos ojos ennoblecido.

Se acerca por último al *cepo* de las limosnas y deposita ahí ese óbolo que Dios recibe con alegría, que su amor multiplica y al que se deben grandes obras en el mundo; dirige una postrer mirada á su madre celestial, pídele su bendición y con la paz en el alma y el júbilo en el semblante, sale resignado á sufrir la soberbia del mundo que le desprecia.....! ¿Verdad, señores que el pobre tiene muy grande abnegación porque ama mucho? ¿Verdad que María corresponde á ese cariño, bajo la forma más bella del amor, que es el consuelo? ¿Verdad que el imperio de nuestra excelsa soberana es universal, que lo mismo reina sobre los más encumbrado de los ángeles del cielo, qué sobre los corazones más sencillos de la tierra?..

He concluido señores, y estimo en mucho haber intentado ser el intérprete del amor recíproco entre el pobre y la Vir-

gen Inmaculada. ¡Qué ella acepte con agrado nuestra humilde ofrenda es la única recompensa que ambiciono!

DIJE.

---

OD A

*en la Solemne Coronación de Nuestra Señora de la Salud que se venera en la Ciudad de Pátzcuaro.*

---

¡Es hora de cantar! en este día,  
Triunfó la patria mía,  
La patria de Don Vasco, encantadora;  
¡Patria feliz del ínclito Prelado  
Que amante ha coronado  
De la Salud á la gentil Señora!

Abrid el corazón al entusiasmo,  
Y contemplad con pasmo  
Esa obra de la diestra omnipotente,  
Que ha sufrido del tiempo las injurias,  
Y que, hace tres centurias,  
¡Es de Salud, inagotable fuente!

¡Es Ella, sí; de Pátzcuaro la sombra!  
La que, de niño, nombra  
Nuestro labio ternura destilando;  
¡Es nuestra Madre, Madre de clemencia,  
Que nos dejó en herencia,  
De Quiroga el Apóstol venerando!

Herencia sin igual; rico tesoro  
Ungido con el lloro  
De aquel de Obispos, reluciente espejo;  
Tanto Don Vasco nos amó, que dijo:

—¡Al cielo me dirijo! . . . . .  
Pero á mi Madre con amor os dejo!

Y nos dejó la Imagen bendecida  
Cuya frente, ceñida  
Hoy contemplamos de imperial corona;  
¡Fué nuestra Madre, desde aquel instante!  
Y, hoy, Pátzcuaro triunfante  
Himnos filiales en su amor entona.

Hoy, ante Ella, prostérganse de hinojos  
Mil almas; de los ojos  
En larga vena se desprende el llanto,  
Como de un manantial el agua pura;  
Llanto, sí, de ternura,  
¡De cariño filial, símbolo santo!

Y, ¿cómo no llorar de amor y gozo,  
Si Ella es el sacro pozo  
De cuyo seno brota el agua viva.?  
¿Sí es Ella nuestra luz indeficiente,  
Y de Salud la fuente  
Y el, amoroso imán que nos cautiva,?

¿Cómo no amarla con ardor, si es Ella  
De Pátzcuaro la Estrella  
Que le conduce al inmortal seguro.?  
¿Cómo no amarla, si es toda consuelo,  
Y es para nuestro suelo,  
De protección inquebrantable muro.?

¿Cómo no amarla? . . . ¡Sí! lo está diciendo  
El popular estruendo  
Con que á su dulce nombre aquí se aclama;  
¡Salud! repite numerosa gente;  
Y el eco, raudamente  
Por doquiera ese nombre desparrama.

¡Salud! dicen los valles y los montes;  
¡Salud! los horizontes

Con su gama de espléndidos colores;  
¡Salud! resuena en la modesta choza,  
Y, hasta el lago se goza  
De Salud escuchando los loores! . . . . .

Los poetas ¡Salud! cantando, dicen;  
Mil labios la bendicen,  
Y como á Madre, con afán la imploran;  
Ante su Imagen, los enfermos hallan  
Salud; y al verla, callan  
Los pobrecitos huérfanos que lloran.

¡Salud! dicen los labios del Prelado  
Que aquí la ha coronado;  
De Michoacán los próceres repiten  
¡Salud! . . . ¡Salud! batiendo todos palmas;  
Y, cual fluido, á mil almas  
El nombre de Salud, luego trasmiten!

Pátzcuaro de salud lleno se encuentra,  
Porque en él se concentra  
El amor de esa Virgen bendecida  
Que, ha tres centurias, por su dicha cela;  
¡Ella es la blanca vela  
Que le empuja á la tierra prometida!

¡Sí; todos como á Madre, la aclamamos,  
Y férvidos la amamos! . . . . .  
La luz de su semblante nos recrea;  
Mucho por ella el corazón palpita . . . . .  
Pues que, de ésta bendita  
Virgen el nombre, ¡nuestra gloria seal!

*Salamanca, 4 de Nbre. de 1899.*

VICENTE DE P. HINOJOSA.—PBR.

“MADRE SALUD Y REINA”

ESTROFAS.

I

¡Salve pueblo inmortal! ¡quién no se inspira  
En tí cuando respira  
Entusiasmos espléndidos tu frente?  
¿Cuando en tu seno idílico campea  
La Reina de Judea  
El más rico tesoro de occidente?

II

Pareces el Edén de los amores  
Do entre buqué de flores  
Ve el alma de pasión arrebatada,  
Cuando al impulso del amor palpita,  
A la Virgen bendita  
Por el nuevo Israel idolatrada.

III

Dulce esperanza, y bella y seductora  
La que á tu alma enamora,  
Tras de la cual tu corazón se afana  
Amándola con fé pura y sencilla;  
Que es para tí la Virgen sin mancilla  
Madre, Salud y Reina Soberana.

IV

Sí, Ella es tu madre; de esperanzas lleno  
Reposas en el seno

De aquella que te amó desde la cuna;  
Tú en la dicha ambicionas sus abrazos;  
Entre sus dulces brazos  
Vas á llorar tu mísera fortuna.

V

¡Ah! porque Ella es la mística hermosura,  
El astro que fulgura  
Anunciando la senda al peregrino,  
Fuente de amor que á disfrutar le invita,  
Orel del Israelita,  
El raudal de sus ondas cristalino.

VI

Es muy grande su amor, si nadie escucha  
Tu súplica en la lucha  
Cuando el dolor el alma te taladre,  
No desmayes cobarde en tu agonía,  
Vuelve el rostro á María  
La flor de Nazaret: Ella es tu Madre.

VII

¿No es Ella tu Salud? Cuando se oprime  
Tu corazón y gime  
Desde el profundo abismo de tus penas,  
Esclavo del dolor que te devora,  
¿Qué mano bienhechora  
Quebranta tu aflicción y tus cadenas?

VIII

¿No es Ella la que alivia al infelice  
Cuyo labio bendice  
En su dolor la mano que lo calma?  
Sí, Ella, bálsamo santo á toda herida  
Te vuelve con la vida,  
Del cuerpo la salud y la del alma.